



COLABORAN

contrapunt

FAINSA

pitapes
vermuth, plàtera i fapes

mollet ⁵ mà
Societat gastronòmica i feres de Mollet del Vallès

 Diputació
Barcelona
xarxa de municipis

 Generalitat de Catalunya
Departament de Cultura

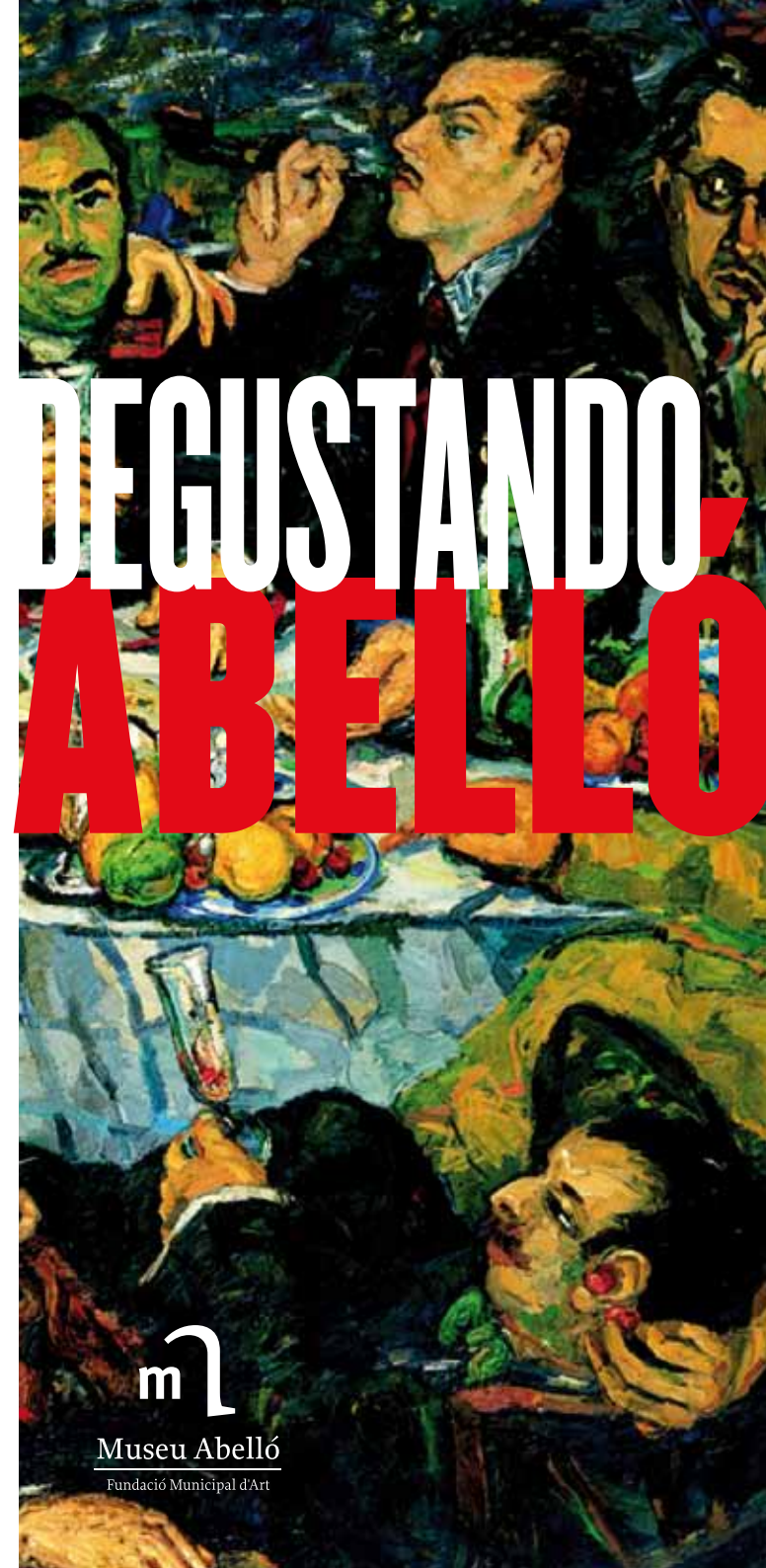


Museu Abelló

Fundació Municipal d'Art



Ajuntament de Mollet del Vallès



DEGUSTANDO ABELLÓ

Gràfica: Andreu Balleu, 2012. Portada: Joan Abelló Prat. Sopar dels amics, 1951.



Museu Abelló

Fundació Municipal d'Art

Joan Abelló i Prat

(Mollet del Vallès 1922 - Barcelona 2008)

Degustando Abelló (Abelló, un tašt), *inicia un recorrido por las diferentes etapas de la obra del artista, desde los inicios, muy marcados por la influencia de sus maestros, hasta finales de los años 90, en plena madurez estilística. La muestra pone de manifiesto la inquietud y curiosidad del artista y coleccionista que, día a día, viaja a viaje, fue alimentando su obra con todo lo que observaba, hasta convertirse en un artista singular, con un lenguaje propio donde el color toma su máxima expresión.*



Joan Abelló Prat
Records de pistes d'Àfrica, 1998.

JOAN ABELLÓ

LOS RASGOS DE UNA TRAYECTORIA PLÁSTICA MUY PERSONAL

Joan Abelló, como no podía ser de otra forma, fue hijo de su circunstancia territorial, Cataluña, y social, la de unos años de esperanza inicial, seguidos del horror y el terror, así como de una opción personal que se convirtió en trayectoria para el resto del tiempo que la vida le concedió.

Desde el primer momento sintió que la pintura era la manera más directa de comunicarse con los otros, y procedió de esta forma. Pero lo hizo, no según los principios, preceptos y reglas que se puedan aprender para representar imágenes, sino entendiendo el hecho de pintar como aquel que se expresa, que dice lo que siente y lo que quiere, que se recrea ante lo que le place. Esta manera de pintar no le ofrecía límites de entrada, en todo caso los existentes serían los que impusieran las circunstancias materiales y sociales del entorno en el que vivía y desarrollaba su vida.

La influencia educativa y formativa que siempre se recibe del hecho de vivir en un sitio no se puede evitar. Por eso, sus primeros cuadros son más o menos figurativos, una figuración que se encuentra más en el impacto sensorial que en el crédito de los procedimientos y medios establecidos para expresarla. Se ejemplifica en *Retrato de mi padre* (1945), donde el soporte, tela de saco, es el que se podían permitir en aquellos tiempos muchos de los artistas incipientes, faltos de posibilidades económicas para ejercer su vocación. La misma práctica de pintar, y un poco de curiosidad con los compañeros artistas de juventud similares, conduce a Abelló a entregarse muy pronto a la libertad creativa que permite el impresionismo: los colores se disponen sobre el ámbito plástico según nos indica la retina por los impactos que la luz, el ambiente, la circunstancia y la atmósfera aportan a cada objeto o hecho, no según la figuración educada que nos dice que tienen las cosas.

Abelló se siente libre, abierto, capaz de captar y retener con colores todo lo que se le ponga por delante y todo aquello que, poco a poco, irá a buscar por todo el mundo a través de los viajes. Una manera de sentir y de hacer expresionista se unirá a aquel impresionismo libre inicial: pintar es captar la vida, la dinámica realidad del mundo, realidad que el artista sensible ofrece con toda su pureza, complejidad y emoción, como queda claro en toda la obra que va realizando con el paso de los días y de sus curiosidades [algunas de las cuales –estas palabras lo apuntan– acabarán por convertirle en coleccionista de cosas curiosas, extrañas, insólitas e, incluso, de las obras de otros colegas artistas, que acogerá en una inmensa mezcla heterogénea alrededor suyo, de su taller, su casa, Mollet], curiosidades que le llevarán a tratar todos los temas desde el paisaje –el del propio sitio, el maravilloso Vallès –hasta el de otros sitios, donde siempre sabrá encontrar los colores vivos, directos, impactantes,



Joan Abelló Prat
Col de Porté, 1987.

que plasmará en la tela con suavidad o con grosor gestual, según sea la impresión emocional que le afecte.

De esta manera, su obra pictórica se convierte también en una gran caligrafía cromática. Y cuando, como en el caso de las pinturas sobre temas de Egipto y de otros sitios y ciudades, la complejidad no se lo permite, el cromatismo se convertirá en un dibujo, con un trazo gordo y espeso que estructura y *pinta* como los mismos colores, y deja, en aquellos trazos dispuestos sobre la tela, las impresiones de vacíos y llenos que el impacto del color no debería poder conseguir. Algunas veces, sin embargo, aquella gestualidad y libertad cromática se convierten en pavorosas complejidades de las entrañas del alma, como daba testimonio en algunas ocasiones la manera de proceder de Goya. Abelló también se siente cercano, o no demasiado distante, de los contemporáneos Miró y Tàpies y, así, elabora algunas obras –a la manera personalizada, aún así, por él– de estos autores, a base de puras y complejas materias y del collage, si procede.

Cierto, no faltan los desnudos, que pintará a lo largo de su vida siguiendo los modelos de los más clásicos (Ticiano) a los más modernos (Manet), ni tampoco estarán ausentes las marinas. Pero lo que todavía se pone más de manifiesto en su obra es que cuando su pueblo, su nación vibra, él también está presente. *Diada* (1977) es un estallido de gente y banderas catalana, todos gritando como la pintura que lo magnifica; de todo ello resulta uno de sus mejores cantos al color.

Arnau Puig